

III

ANDALUCÍA

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA  
I. N. A. N. I.  
II. A. N. I.

# ANDALUCÍA

---

## I

### Granada

De noche atravesamos España. Al compás del traqueteo monótono del tren, medio dormidos ó dormidos del todo, al son mate de la vacilante lámpara de aceite, colgada en medio del vagón como en la tumba de algún Ramsés, oíamos vocear, entre la soledad del campo, los nombres de las estaciones que iban pasando como perdidas entre campos desolados.

Nunca España, al consultar las hazañas de su gloriosa historia, nos pareciera tan grande como vista y recorrida en tren de la clase de los rápidos. Tan cortés era el que montábamos, cabalgando por estas Manchas de Dios, que no halló pueblo ni villorrio en su larguísimo curso, al cual no saludara con frases muy bien silbadas, deteniéndose un momento en todas partes para no ofender á nadie.

A pesar de tan largo trecho recorrido, llegamos á Granada con hora y media de retraso. Era de noche, y, á pesar del sin embargo, llovía á todo llover; nos guarecimos bajo un tinglado con gran derroche de goteras, subimos á un coche de medio lujo, y saltando aquí y meciéndonos más allá sobre el *típico* empedrado, atravesamos casi á oscuras una ciudad llena de barro, quieta y misteriosa, y

emprendiendo una cuesta á paso *piano*, pasamos por debajo de un gran arco de triunfo, cubierto por el manto de la noche, y nos hallamos en el monte de la Alhambra.

Allí continuamos subiendo, siempre bajo la lluvia del sin embargo, que caía por entre un bosque espesísimo, y ya en la cima, nos alojamos, esperando la luz del día.

Llovió toda la noche. Silbaba el viento como un desequilibrado, y mirando el negro *manto* detrás de los postigos, nos decíamos : Pensar que este cielo de luto, tan triste y apagado, mañana ha de vestirse de aquel azul de Andalucía, diáfano y hermoso como manto de la gloria. — Que ese fondo sin fondo será, al amanecer, la dilatada llanura que tiene por arteria el Genil y por cabellos las huertas y los cármenes más floridos de la tierra. — Que detrás de aquella llorosa tapia que tenemos aquí mismo, mañana brotará la Alhambra, el palacio hecho de sueños, el rincón de mundo más bordado por la mano de los hombres.

Eso pensábamos, oyendo los canalones manando agua, llorando lluvia en incansable cantinela, mojando Andalucía, murmurando ó cayendo en insolente cascada, cuando un trueno la obligaba ; y á su voz de monótona tristeza nos dormimos, esperando el mañana de las grandes esperanzas.

El mañana llegó, pero el cielo continuó de un gris color de nube, y de aquel azul tan azul ni vimos ni hemos visto todavía más que retazos ridículos para un cielo de renombre como éste. Entráramos con mala sombra en la tierra de la buena. No creíamos hallarnos en aquella Andalucía, en aquel país

colorido, recibiendo luz directa y exportándola en reflejos á los pobres países de la niebla ; en este patio del mundo donde anidan los naranjos y se cobijan los frutos de la virgen América y se estiran las palmeras ; en aquel país de lujo donde los ojos más negros que en otras partes alumbran é iluminan y la palabra se escapa á medio pronunciar, para dar paso á las otras que van saliendo en fogoso torbellino ; en aquel auténtico paraíso, sin manchas en su buen nombre, que tiene por aire perfume de azahar y mirto, rocío por lluvia y que florece todo el año para regalo del hombre.

¡ Ay ! Tuvimos que salir bajo paraguas, bajo aquel innoble entoldado, y en vez de dirigirnos al palacio de la Alhambra, como habíamos soñado, no quisimos verla con lluvia y bajamos á Granada.

Al salir, dimos con un grupo de *gachós desaborios* formando parte de la familia *arriesgá* de *intrépetes* y *chicheroné*. Nos dieron los buenos días en cinco ó seis lenguas de las más escogidas del planeta que habitamos, y nos pasaron la tarjeta. Uno hubo que, según cantó su cartulina, es *intrépete* de francés, de inglés y de catalán, por lo cual consultándole la lengua, que era la nuestra, y viendo que nos entendía, lo alquilamos á pensión completa y emprendimos esperanzados la marcha.

Aquel altísimo portalón, de más ó menos triunfo, que habíamos pasado el día antes y que volvimos á pasar, era obra de Carlos V, señor que, no sirviéndose del buen gusto, sino valiéndose del poder que le daba su mando y categoría, para levantar aquel andamio de piedra, había hecho derribar la puerta

de *Bib-el-Aujar*, construcción árabe de la cual la tradición explica portentosas maravillas.

Pasado el arco triunfante, nos encontramos en Granada.

Seguimos la cuesta de los Gomeles. En alguna de las puertas, el curioso forastero puede ver pequeñas tiendas de anticuarios. Cornucopias de todas edades y formas, clavos y aldabas con más hollín que antigüedad, tapices de las Alpujarras conservando la tradición del tejido hispano-moro, velones con más mecheros que latón, platos de reflejos metalizados por medios artificiales y curiosos específicos, y otros desechos salidos de los desvanes ó envejecidos por el mal uso del ingenio, colocados en la semiobscuridad, y entre ella, el anticuario dentro del nido, esperando que, distraído y con el librito en la mano, pase el inglés, para venderle los despójos de esta tierra.

Más abajo, salimos á una hermosa plaza, debajo de la cual se escurre el Darro, y desde allí, andando á la ventura, sin el método que nos hubiera impuesto el cicerone, á no obrar nosotros con espontánea energía, empezamos á seguir calles y callejones, en pleno corazón de Granada. El conjunto, por lo enredado, se asemeja á nuestros barrios de San Pedro, vistos á través de un cristal claro. Muchos estancos, muchos sombrereros luciendo en el mostrador esos sombreros de anchas alas que usa el torero, cuando no está en ejercicio de arriesgadas funciones; muchos cafés, en general pobremente decorados, pocos libreros y los libros llenos de polvo, perdidos entre cajas de botones, soldados de plomo y hebillas; típicas confiterías con bizco-

chos blanqueados, al parecer; algunos retratos de políticos y toreros expuestos detrás de algún cristal, rodeados de corsés verdes, mantas listadas y paños de Sabadell; cuchillerías para espanto de turistas y otras tiendas características, entre otras de mayor categoría, enteradas del lío del adelanto moderno. Por la calle, los menestrales calzando aquellos sombreros; envueltos casi todos, desde la infancia á la vejez, en la airosa capa española, ya caída, ya ligeramente plegada sobre el hombro, ó terciada á gusto y voluntad del individuo, y según el donaire natural de que se haya visto dotado; clara la ropa, rubio el calzado, y el paso más bien ligero; las mujeres, envueltas en amplios mantones, asomando la cabeza, con una flor en el cabello, y un Vesubio en cada ojo; de vez en cuando pantalones encarnados de soldado; la nota brutal de color de algún grupo de gitanas, con líos de *churumbeles* á cuestras; campesinos con cúpula en la cabeza, señoritos y señoras vestidas conforme los figurines, desliziéndose por las angostas aceras, y produciendo en conjunto, un ruido mate, un rumor apagado, la sensación de una ciudad que tiene la voz opaca, discreta, simpática y melancólica, y vive triste á la sombra de su Alhambra.

Siempre al azar, continuamos la ruta tratando de recibir una impresión general, y allá en un ángulo de una grandiosa rambla, entramos en un mesón despreciando hoteles como bienes terrenales. Comimos *aceituna aliñá*, *boquerone*, *pescachilla* y *gaspacho remojao*, bebimos á todo beber manzanilla en cañita *refiná*, y á los postres, sintiendo ya que el país entraba y corría por nuestra sangre, rompimos

á hablar por lo andaluz con tal brío y desenfado, que nuestras pobres gargantas quedaron entumecidas. El guía continuaba hablándonos en catalán, pero nosotros despreciábamos y suprimíamos todas las eses finales, retorciámos los labios á modo de asistente de comedia, y dale que dale, dirigíamos á la noble concurrencia párrafos tan audazmente andaluces, que comimos más palabras que alimentos.

No podía durar tal derroche de palabras y nos fuimos. Otra vez andamos á la ventura, y esta buena señora nos condujo á las orillas del Darro. El río con arenas de oro se precipita entre el barrio del Albaicín y el palacio de la Alhambra, bañando, en su curso, cimientos de edificios árabes por un lado, y raíces de cipreses y laureles por el otro; deslízase mimado por entre las flores, que lo miran pasar asomándose por las tapias de los cármenes, mientras sus aguas se perfuman á su paso, para llevar sus aromas al Genil, que lo aguarda más abajo y lo recibe en sus brazos.

A bañarse en esas aguas del Darro parece que descende el barrio árabe, el Albaicín famoso, que seguíamos la vieja Granada de otros tiempos. Sus calles son tan angostas, que el sol se detiene en los aleros, dejándolas envueltas en el misterio de la sombra violeta; encarámense por la cuesta, teniendo por fondo, allá en último término, un campanario ex-minarete, un ciprés solitario ó un casucho con su balcón pintoresco, desbordando macetas y colores; llegan á lo alto del monte, para bajar intrincadas entre tapias decoradas de chumberas, y se pierden, en fin, en confuso laberinto.

Siguiendo el río y curioseando en el fondo de un

portalón grandioso, en el cual crece la hierba, guardada por el silencio y el reposo de los sitios solitarios, entreveíamos un patio, con sus columnitas blancas teñidas de ocre y de musgo, sus blancos muros discretamente apagados en la sombra, su ventanilla dejando entrever el modesto interior, los balaústres bruñidos de una escalera con peldaños de azulejos, verde turquesa, azul verdoso, gris nacarado y ocre de barniz tornasolado, entre manchones de cal y yeso mate, y rojas macetas con flores rodeando el pequeño surtidor, rezando el agua ó murmurando sobre el mármol, con esa voz cristalina que mueve el alma á la dulce nostalgia del ensueño. A veces, en el fondo de una carcomida puerta adornada con clavos, nacidos al parecer cual hongos en sus rendijas, veíamos un íntimo jardincito, como nido de moros enamorados, con sus dibujos de boj, cortados con simetría debajo del emparrado; y formando caminos inexplicables, perdiéndose en el fondo de verdura misteriosa, jarrones destacando su blancura sobre el verde de bronce, naranjos con su follaje bruñido, sirviendo de cortina á gabillas de flores amarillas cayendo en cascada de perfumes, y rincones sin fin, al parecer encantados y mágicamente silenciosos; más allá, un caserón desolado insultaba la mirada con su inmensa fachada glacial, desnuda de todo adorno; luego, un grupo de casas blancas servía de madriguera á una raza colorida; un templo asomaba con su alto minarete, y siempre el barrio ofrecía esos aspectos que el lápiz busca afanoso con su amor por lo pintoresco.

En el fondo de ese barrio, se adivina la pobreza de un pueblo que vive de sus ruínas. En la calle, se

ven poquísimos hombres, tendidos algunos como en extraño letargo, descendientes quizás de raza de árabes como despatriados en la que fué su gran patria ; manadas de chiquillos de ojazos negros y tez gris, medio desnudos, corriendo por el arroyo, acurrucados en el fondo de una puerta ó debajo de las ásperas chumberas ; mujeres peinándose en plena calle, inmóviles al pie de un muro ó llegando de la fuente; figuras todas colocadas como figuras de un cuadro, de un cuadro triste y colorido á la vez, característico y típico, oriental y cubano, con ribetes de salvaje y dejos aristocráticos.

Al llegar á la cumbre de este barrio, la Alhambra entera apareció delante de nuestros ojos como nebulosa aparición de otras edades. La lluvia arreciaba, caía con estrépito de negras nubes que pasaban, volando silenciosas, y el gran palacio con sus torres rojizas, más rojas todavía por la humedad que bajaba por sus muros, sentada sobre su inmensa cesta de flores, parecíanos llorar su desventura. El Darro corría allá en el fondo del valle, y su agua rojo-siena, entrando en la ciudad moderna parecía teñida del sudor del propio gran edificio, parecía llevarse poco á poco sus ruínas, arrastrar sus murallas, estucos y filigranas ; y fundirse en el barro de la miserable tierra aquel portento de arte de todo un pueblo poeta.

## II

## El Generalife

¿ Qué misterio tendrá el Generalife, que tan sólo su nombre nos evoca tantos ensueños ? ¿ Qué contendrán aquellos blancos muros, que á su sola memoria cantan los poetas, entornan los ojos las mujeres, se quedan pensativos los hombres y se enturbian las cabezas más serenas ? ¿ Qué es el Generalife, pensábamos á la noche siguiente de nuestra llegada á Granada, rodeados de libros que nos hablaban del edificio que teníamos á tan poca distancia de nosotros ?

« El Generalife, decía el árabe Dernburg, es el jardín proverbial, por la abundancia de sus rosas, por la claridad de sus aguas, y el fresco soplo de los vientos perfumados ». « El Generalife, dice Palacio, es

Un templo ayer de amores y de gloria,  
Y hoy... página infeliz de nuestra historia.»

Del Generalife, decía otro árabe: « Alabado sea aquel que te crió, y compadécete de los que te destruyeron » ; y una dama escribía del Generalife : « Delicioso para el amor » ; añadiendo Valladar : « Nido de amores, mansión de sultana favorita, refugio de reyes, retiro acariciado por el perfume de las flores, los misteriosos susurros del bosque y el murmullo de las fuentes ».